

Weber reflexiona sobre el hombre político y el hombre de ciencia, sus diferentes motivaciones e intereses, sus moralidades y sus funciones sociales para llegar a comprender las estructuras que permiten el establecimiento de una autoridad y los mecanismos de sumisión y dominación. También analiza las relaciones entre ciencia y política, cómo se condicionan e influyen. Así considerará, que aunque sean las virtudes del político incompatibles con las del científico, la posesión del saber objetivo es favorable para una acción razonable. De esta manera, la ciencia que él concibe es aquella susceptible de servir al hombre de acción. Weber acepta el carácter indefinido de la investigación positiva y considera que el sabio debe reprimir los sentimientos que le ligan al objeto.

Como consecuencia de esta relación, ciencia-política, aparecen dos fenómenos que afectan a la ciencia y que Weber describe:

- La responsabilidad de los científicos. Los medios de destrucción se han hecho tan desmesurados que los sabios se interrogan sobre sus responsabilidades.
- Intervención del Estado en la ciencia. Que éste pretenda imponer a la ciencia sus temas de estudio o las leyes de su actividad es la raíz del totalitarismo. La resistencia de las ciencias sociales a la intrusión de la política ha sido siempre más difícil que la de las ciencias naturales.

En cuanto a la acción, considera que presenta una antítesis entre dos formas morales: la moral de la responsabilidad (consecuencias) y la moral de la convicción (principios). La moral del hombre de acción es la moral de la responsabilidad. Como ejemplo de hombre de acción, Weber sigue el desarrollo de una categoría social, el político profesional, el que vive de y para la política y considera que los partidos son organizaciones que aspiran al ejercicio del poder. Para el profesor que quiere entrar en política, la dificultad proviene de la disciplina y de la doctrina de los partidos. Weber expresaba ya sus inquietudes sobre la cualidad del reclutamiento democrático.

La política como vocación.

Por política entiende la dirección o la influencia sobre la dirección de una asociación política, es decir, de un Estado, que reclama para sí el monopolio de la violencia física legítima. Así que la identifica con el ejercicio del poder y considera al Estado como su máximo ejecutor. Afirma que cuando se dice que una cuestión es política lo que quiere significarse es que la respuesta a esa cuestión depende directamente de los intereses en torno a la distribución, la conservación o la transferencia del poder y quien hace política aspira al poder como medio para la consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o *al poder por el poder*.

Al cuestionarse la legitimidad de una dominación, Weber afirma que el Estado necesita para subsistir que los dominados acaten la autoridad y se cuestiona sobre qué medios internos y externos se apoya esta dominación. Y describe tres tipos de *justificaciones internas* por las que alguien acepta ser dominado:

1. La legitimidad tradicional: La del *eterno ayer*.
2. La del carisma personal: Autoridad carismática.
3. Legitimidad basada en la legalidad: Obediencia a las obligaciones legalmente establecidas.

Al mismo tiempo, señala que la obediencia de los súbditos está condicionada por muy poderosos motivos de temor (a la venganza del poderoso) y de esperanza (a una recompensa terrena) y también por diversos intereses (idealistas o egoístas).

De los tres tipos de justificaciones internas Weber se centra en la autoridad carismática, personalizada en el profeta, en el caudillo en la guerra o el demagogo en la Iglesia o Parlamento, que se convierten en conductores de hombres porque creen en él. Lo propio de Occidente es el caudillaje político. Se cuestiona cómo comienzan a afirmar su dominación los poderes políticamente dominantes y considera que para ello toda empresa de dominación necesita, de una parte, la orientación de la actividad humana hacia la obediencia, y de la otra, el poder de disposición, gracias a dicha obediencia, de aquellos bienes necesarios para el empleo del poder físico: personal administrativo y los medios materiales de la administración. El cuadro administrativo se solidariza con el titular del poder por intereses personales: la retribución material y el honor social. En el estado moderno se realiza, al máximo, la separación entre el cuadro administrativo y los medios materiales de la administración.

La estructura de la dominación está configurada por el Estado y por los políticos profesionales. Así, define al estado moderno como una asociación de dominación con carácter institucional que ha tratado, con éxito, de monopolizar dentro de un territorio la violencia física legítima como medio de dominación y que, a este fin, ha reunido todos los medios materiales en manos de su dirigente y ha expropiado a todos los funcionarios estamentales que antes disponían de ellos por derecho propio, sustituyéndolos con sus propias jerarquías supremas.

En cuanto a los políticos profesionales los define como personas que actuaban al servicio de jefes políticos. Se puede hacer política (es decir, tratar de influir sobre la distribución del poder) como político ocasional (lo somos todos al votar, aplaudir o protestar) como político semiprofesional (delegados o directivos de asociaciones políticas sin vivir de ella) o como político profesional. Describirá dos formas de hacer de la política una profesión: o se vive para la política o se vive de la política, generalmente se hacen las dos cosas. La diferencia se sitúa en el nivel económico, si se necesitan los ingresos que la política pueda proporcionarle. Para el hombre adinerado la preocupación por la seguridad de su existencia es su principal motivación política. El idealismo político totalmente desinteresado es propio de los sectores que, a consecuencia de su falta de bienes, no tienen interés alguno en el mantenimiento del orden económico de una determinada sociedad.

El político profesional puede ser un puro prebendado (tasas y derechos por servicios prestados) o funcionario a sueldo. Lo que los jefes de partido dan hoy como pago de servicios leales son cargos de todo género. Toda lucha entre partidos persigue, ante todo, el control sobre la distribución de los cargos. Los partidos, cada vez más, son vistos por sus seguidores como un medio para lograr el fin de procurarse un cargo. A esta tendencia se opone el funcionario altamente especializado mediante una larga preparación y con un honor estamental muy desarrollado, cuyo valor supremo es la integridad. Cazadores de cargos frente a funcionarios íntegros. Sin este funcionariado se cernería sobre nosotros el riesgo de una terrible corrupción y una incompetencia generalizada. En todas partes se produjo esta lucha latente entre la autocracia y el funcionariado profesional.

La transformación de la política en una empresa determinó la división de los funcionarios públicos en dos categorías: los funcionarios profesionales y los funcionarios políticos. Éstos pueden ser trasladados o destituidos a placer. El auténtico funcionario no debe hacer política, sino limitarse a administrar, sobre todo, imparcialmente. Toda su actividad está colocada bajo

un principio de responsabilidad. Sin esta negación de sí mismo y esta disciplina ética se hundiría toda la máquina de la Administración.

Weber identifica al periodista como un tipo de político profesional, porque considera que el demagogo es la figura típica del jefe político en occidente. La demagogia moderna se sirve también del discurso y su instrumento permanente es la palabra impresa. El publicista y el periodista son los representantes más notables de la figura del demagogo en la actualidad. Sin embargo, el trabajador del periodismo tiene cada vez menos influencia política, en tanto que el magnate capitalista de la prensa tiene cada vez más. Sólo la empresa periodística y la sesión parlamentaria son empresas políticas permanentes.

Al tratar el tema de la organización de los partidos políticos y los funcionarios de partido, Weber afirma que la empresa política es necesariamente una empresa de interesados. Los políticos profesionales intentan conquistar el poder a través del reclutamiento del partido en el mercado electoral y la militancia del partido espera del triunfo de su jefe una retribución personal en cargos o en privilegios de otro género. Lo que esperan es, sobre todo, que el efecto demagógico de la personalidad del jefe gane votos y mandatos para el partido, dándole así poder. Actualmente, los miembros del Parlamento son, por lo general, unos borregos votantes perfectamente disciplinados. Así, afirma que para la selección del caudillo lo que cuenta es el discurso demagógico y para mover a las masas se utilizan frecuentemente medios puramente emocionales, se trata, de la *“dictadura basada en la utilización de la emotividad de las masas”*. (spoils system) La atribución de todos los cargos federales al séquito del candidato victorioso produce un enfrentamiento entre partidos totalmente desprovistos de convicciones, puras organizaciones de cazadores de cargos, cuyos programas son redactados para conquistar votos. Sólo nos queda elegir entre la democracia caudillista con máquina o la democracia sin caudillos, es decir, la dominación de políticos profesionales sin vocación.

Enumera tres cualidades como las más decisivamente importantes para el político: pasión (entrega apasionada a una causa), sentido de la responsabilidad (para con esa causa) y medida (saber guardar las distancias). También enumera dos pecados en el terreno de la política: la ausencia de finalidades objetivas y la falta de responsabilidad. La vanidad, la necesidad de aparecer siempre en primer plano, es lo que más lleva al político a cometer estos pecados. Así, el político tiene que vencer cada día la vanidad (ansia de poder), enemiga de la entrega a una causa y la medida.

El lugar ético de la política remite a las causas y motivaciones. Estas pueden orientarse conforme a la ética de la convicción o a la ética de la responsabilidad. En definitiva, se trata de una tensión entre medios y fines. En este sentido, Weber afirma que ninguna ética del mundo puede eludir el hecho de que para conseguir fines buenos hay que contar en muchos casos con medios moralmente dudosos. La santificación de los medios por el fin quiebra la moral de la convicción. La ética de la responsabilidad y la ética de la convicción son elementos complementarios que han de ocurrir para formar al hombre con vocación política.

La ciencia como vocación

En el análisis de la ciencia como vocación, Weber diferencia las condiciones exteriores de la vida académica y la vocación íntima del hombre de ciencia.

En cuanto a las condiciones exteriores de la vida académica, se cuestiona la situación del graduado que decide consagrarse profesionalmente dentro de la Universidad. Para ello compara

el sistema plutocrático alemán con el sistema burocrático americano. Así, mientras los primeros deben poder mantenerse por sus propios medios y una vez nombrados ya no podrán ser sustituidos, los segundos reciben un sueldo desde el primer momento y podrán ser sustituidos. Otra diferencia fundamental es que mientras que los alemanes, inicialmente, no deben ocuparse de dar clases y se pueden ocupar más de investigación, los americanos, al recibir un sueldo deben ocuparse de la labor docente desde el primer momento, debiéndose ceñir a los programas marcados. Advierte cómo las universidades alemanas se están americanizando convirtiéndose en empresas capitalistas que deja al docente tan poca independencia del director como la que tiene cualquier empleado en la empresa capitalista. Afirma que el proceso de selección depende del azar más que de la capacidad, con lo que muchos mediocres están ocupando puestos importantes en las universidades y también se hacen nombramientos por motivos políticos con los que suelen llegar los mediocres acomodaticios o los arribistas. Otro factor que hace azarosa la distribución de los destinos académicos es el hecho de que el joven que quiera dedicarse a la labor académica debería estar cualificado como sabio y como profesor y el arte de enseñar es un don personal que no tiene que ver con la calidad científica de un sabio. El que las capacidades para estas funciones se den en un mismo individuo es simple casualidad.

En cuanto a la vocación científica del hombre de ciencia, considera que está condicionada, en primer lugar, por el hecho de que la ciencia ha entrado en un estadio de especialización que le da plenitud al científico al considerar que ha hecho algo que perdurará. Sin embargo, el trabajo del científico está inmerso en la corriente del progreso, y todo quedará anticuado, todo logro científico implica nuevas cuestiones y ha de ser superado y envejecer. En esta situación, muchos científicos se niegan a considerarse como simples especialistas queriendo decir cosas que nunca nadie ha dicho antes y se cuestionan porqué tienen que entregarse a crear algo destinado a envejecer. Weber se cuestiona qué es lo realmente positivo que aporta la ciencia para la vida práctica y personal, siendo la respuesta:

1. La ciencia proporciona conocimientos sobre la técnica que, mediante la previsión, sirve para dominar la vida, tanto las cosas externas como la propia conducta de los hombres.
2. La ciencia proporciona métodos para pensar, instrumentos y disciplina para hacerlo.
3. La claridad, suponiendo que el profesor la posea, en la selección de los medios. El maestro puede ayudar al estudiante a la toma de decisiones, a crear claridad y sentimiento de responsabilidad evitando imponer o sugerir su propia postura personal.